

“La empatía de una mujer”

-Felicía.

Conocí a Isabel en un poblado del norte de México, durante una reunión religiosa que se celebraba en la punta de un cerro altísimo. Cuando una vieja amiga nos presentó, Isabel y yo nos dedicamos una sonrisa. Mientras tanto, mi amiga traducía mis saludos a la lengua natal de Isabel, que era el mixteco. Sus ojos eran redondos y le brillaban esperanzados. Tenía casi 40 años, una barriga con nueve meses de embarazo y una niña de tres años a la que sujetaba fuertemente de la muñeca. La pobreza se trazaba desde los zapatos desgastados de la niña, pasaba por la falda agujereada de la madre y subía para tocarles las bocas secas. Aquella línea tristísima de realidad, atravesaba su garganta y se perdía en su necesidad infinita. La mirada de alguien pobre es muy distinta a la de alguien con dinero. La gente rica no observa, solo ve, y muy a la ligera. Los pobres, en cambio, poseen la mirada más profunda. Parece que grita ansiosa, como sí rogara y exigiera al mismo tiempo. Con esos ojos de lamento me atisbó Isabel ese día, cuando me pidió una despensa.

Al día siguiente, después de haber buscado entre los cajones de la cocina alguna lata que completara la despensa de aquella mujer, alguien tocó mi puerta.

Era Isabel. No traía maletas, solo a su hijita tomada de la mano. Todavía no sé cómo dio con mi casa. No nos entendimos, pero la dejé pasar a la casa. Nos miramos con tristeza y confusión. Yo solo esperaba a mi esposo, que también era hablante del mixteco.

Cuando mi marido llegó y me dijo que Isabel le explicó que su pareja la había corrido, y que no tenía en dónde quedarse, no tuve dudas en sacar a mi hijo de su cuarto para que la mujer descansara sus pies hinchados sobre la cama.

Al día siguiente le empezaron los dolores del parto. Isabel no tenía seguro médico, pero por fortuna una vecina que tenía contacto con el mundo de la burocracia y el gobierno, le juntó los papeles y el varoncito pudo nacer en el hospital.

Mi marido me alegó que llevar tres bocas más a nuestro hogar, iba a aumentar nuestra precaria situación económica. Le dije que no importaba, que yo iba a buscar ayuda en dónde fuera, pero que no podíamos dejar a una mujer así de vulnerable en la calle.

Con ayuda de la comunidad le hicimos un cuartito de madera atrás de mi casa. Con su permiso, llevé a su niña a una casa hogar de gringos, pues encargarme de ella también era imposible. La cuidé, y al mes, consiguió trabajo. Fui niñera de su niño y le lavé la ropa, porque nada me costaba.

Con el tiempo ella entendió un poco más el español, y nuestras palabras sueltas se volvieron conversaciones. Así nos hicimos amigas. Hoy, ella me lleva de sus tortillas, mientras me dice que ya casi junta el enganche para su terreno. Quiere trabajar más duro para recoger a su hijita de la casa hogar. A veces mi marido me echa en cara la situación, por la carga del niño, pero enseguida se le doblega el corazón y se arrepiente.

La veo partir todos los días al amanecer, a trabajar en los invernaderos, a pisar pepino y chile morrón, a luchar por un mejor futuro para ella y sus hijos. Entonces me digo a mi misma que la historia hubiera sido diferente si mi corazón se hubiera endurecido aquél día que la encontré en mi puerta.